

Chiqañaxa ukat qullqichañaxa sarnaqäwi (legado de justicia y libertad)

Autora: Illari Chajma

En lo alto del Ande, donde el sol despierta,
donde el viento ruge con voz de tormenta,
nació una estirpe de sangre valiente,
de amor y de lucha, de espíritu ardiente.

José Gabriel, trueno que estalla,
hijo del cóndor, sin miedo a la batalla,
su voz fue el eco de un pueblo oprimido,
su puño, el grito jamás extinguido.

A su lado, firme, como un faro en la brisa,
Micaela Bastidas, guerrera sin prisa,
madre y esposa, fuego en la sombra,
tejió la rebelión que aún nos asombra.

No bastó la espada del reino tirano,
ni las cadenas en cuello y en manos,
porque su causa nació del abismo,
rompiendo el silencio con heroísmo.

Los hijos crecieron con sangre de llama,
con sueños tallados en roca y en rama,
Hipólito, estrella de ardiente fulgor,
caminó el sendero de un pueblo en dolor.

Mariano, el fuerte, con alma encendida,
juró que su lucha daría otra vida,
Fernando, el joven de espíritu inquieto,
soñó con un mundo sin miedo ni lamento.

Hermanos, sobrinos, familia entera,
tejieron la historia con hilo y bandera,
alzaron el puño, rompieron el muro,
desafiando el látigo vil y oscuro.

Quechuas y aimaras, pueblos heridos,
hallaron en ellos su luz y su abrigo,

alzaron los ojos, rompieron el miedo,
juraron justicia en cada sendero.

El trono tembló en su fría morada,
cuando el Ande rugió su llamada,
no más cadenas, no más castigos,
la sierra exigía su propio destino.

Pero la traición, como sombra callada,
cayó sobre ellos con mano cerrada,
y aunque sus cuerpos fueron quebrados,
su espíritu sigue jamás derrotado.

José Gabriel, desgarrado en la plaza,
no pudo morir, pues vive en su raza,
Micaela, mártir de amor y bravura,
su nombre resuena con fuerza y altura.

Hipólito, Mariano, Fernando y hermanos,
dejaron su huella en los Andes lejanos,
no hay látigo infame que borre su estrella,
ni tiempo que extinga su huella.

Hoy su ceniza es flor y bandera,
voz que resuena en la cordillera,
son viento y trueno, son lluvia en los cerros,
son el espíritu de un pueblo eterno.

Pueblo originario incaico aún los invocan,
sus nombres sagrados la historia convoca,
porque su lucha jamás se ha perdido,
pues son la sangre derramada ruge por justicia y libertad.